

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LOS CICLOS ECONÓMICOS Y PLENO EMPLEO

Abog. JORGE WEHBE

Profesor de Finanzas y Derecho Financiero

Si volcáramos gráficamente todos los datos del desarrollo económico referentes a producción, ingresos, inversión, etc., encontraríamos proyectadas una serie de curvas representativas de sucesivos avances y retrocesos en la actividad económica. Observaríamos también una tendencia general a largo plazo, al aumento. Vale decir que si trazáramos una recta que uniera los puntos superiores de cada curva, esta recta sería ascendente.

De aquí deducimos la existencia de un progreso económico no uniformemente progresivo sino ondular. Sin intentar desconocer antecedentes tan valiosos como los de Juglar, podemos afirmar que en realidad el estudio sistemático de este desarrollo ondular, comienza con la publicación del libro de W. Mitchell "Business Cycles" en 1913.

Hasta entonces se habían advertido, claro está, los efectos de estos ascensos y descensos en la actividad económica, denominándose las épocas de "crisis" y de "prosperidad" respectivamente, considerándose a las primeras, estados patológicos de la economía cuya tendencia natural era el "equilibrio", estado al cual era llevada por el juego de las fuerzas naturales.

Si bien la presencia de los ciclos económicos sólo es advertida en Inglaterra después de las guerras napoleónicas, no es aventurado afirmar que es una característica del progreso, presente en toda la historia del hombre. Al decir de Pareto no es sino un caso más de la gran ley del ritmo que domina todos los fenómenos sociales.

Claro está que este fenómeno sólo es advertido claramente cuando merced a cambios profundos en la estructura económica se intensifican sus efectos. Tal ocurre con la transformación estructural que significó la revolución industrial que, precisamente, comienza en Inglaterra, país que es el primero en contar, como

lo señala Mitchell, con una "economía completamente desarrollada". En una comunidad de producción familiar y restringida, en la cual el grueso de la producción se dirige al consumo y no al mercado o, más aún, en una comunidad de economía monetaria poco desarrollada, los efectos del ciclo debían pasar casi inadvertidos ya que la intensidad de sus fluctuaciones debía ser pequeña.

Lo mismo podemos afirmar de las poblaciones dedicadas al cultivo de la tierra con poco intercambio y en las cuales las vicisitudes serían debidas a inconvenientes climáticos exclusivamente. Para ellas el ciclo sólo existe en cuanto sufre por reflejo de sus consecuencias en las comunidades industrializadas o completamente desarrolladas.

Con el industrialismo, el intercambio en el mercado aumenta considerablemente; aparecen las grandes masas de asalariados y se va formando la gran empresa. Por consiguiente, las fluctuaciones proyectadas sobre un fondo distinto comienzan a incidir de un modo también distinto; se aprecia la prosperidad y se teme a "la crisis" de un modo hasta entonces desconocido.

Sabemos que las fluctuaciones en los movimientos cíclicos pueden caracterizarse, como lo señala Estey, en términos de ingresos monetarios, ingresos reales o volumen de ocupación. En rigor podemos afirmar que este último toma relevancia con el advenimiento del industrialismo y se va a convertir en uno de los problemas más pavorosos para los estados modernos por sus implicaciones económicas, sociales, políticas y financieras.

En este problema precisamente fué puesta a prueba la noción de equilibrio de la economía clásica, la que entendía que, mediante el reajuste de los salarios la desocupación debía cesar al retornarse al equilibrio. La preeminencia del *laissez faire* fué cediendo ante esta realidad en la misma Inglaterra, a partir de la mitad del siglo pasado y dió lugar a una cada vez mayor intervención de los poderes públicos, si bien con el propósito de restablecer las condiciones de libre competencia en el mercado, ya que se seguía creyendo en sus virtudes plenamente.

De este modo se dictaron normas para regular el proceso de competencia amenazado en su funcionamiento por los monopolios, pero también comienza una legislación obrera que tiende a proteger al asalariado estableciendo condiciones de trabajo, etc., las que, de este modo, dejaban de estar libradas al juego de la

oferta y la demanda. También los poderes públicos debieron intervenir dictando medidas sanitarias para la protección de la salud pública.

El problema de la desocupación comienza a preocupar seriamente en los países desarrollados, por cuanto no sólo media un sentimiento de solidaridad social para con el desocupado sino, como ya lo hemos señalado, por las implicancias económicas, sociales, políticas y financieras.

Implicancias económicas por cuanto la desocupación (tomada como característica principal del ciclo en su fase descendente) significa ingente destrucción de riquezas que, si son una pérdida para las empresas, lo son mayores aún para la economía nacional. Para ejemplificar digamos que la guerra última costó a Gran Bretaña el 38% de su renta y que la depresión en los Estados Unidos entre los años 1929/1933 le costó el 36 % de la suya.

Implicancias sociales en cuanto la desocupación significa la desmoralización, puesto que es menester no olvidar que el trabajo, tanto como una necesidad material es una necesidad moral; pérdida de entrenamiento, desnutrición, ausentismo escolar, etc.

Implicancias políticas por cuanto las grandes masas de desocupados son una tentación permanente para el demagogo, como así también para cualquier filosofía que intente explotar sus justos resentimientos contra la comunidad.

Representa asimismo un problema financiero, por cuanto ningún estado moderno ha podido desentenderse del problema y ha debido prestar su asistencia en forma de alimentos, alojamientos, etcétera.

Hasta la primera guerra mundial las depresiones habían encontrado salidas providenciales en las guerras, especialmente en las que se realizaban lejos del suelo nacional y con soldados mercenarios. Pero, a partir de entonces, no puede afirmarse la ventaja de la guerra para ninguna economía, en razón de la ingente destrucción de bienes humanos y materiales que la misma ocasiona.

El problema de la desocupación cobró visos pavorosos después de la primera posguerra y es entonces que se intentan las primeras medidas de alguna importancia a fin de controlar el ciclo y suavizar sus fluctuaciones.

Los primeros intentos en escala nacional se orientaron al control monetario. Se suponía que, regulando la circulación de los

medios de pago, se podrían evitar las fluctuaciones violentas. Ya Inglaterra en las postrimerías del siglo XIX había intentado sin mayor éxito una reforma de la ley bancaria que le permitiera controlar las sacudidas cíclicas. Por su parte, los Estados Unidos habían instituido un control sobre la moneda y el crédito por medio del sistema de la Reserva Federal.

La literatura sobre el ciclo, especialmente en Gran Bretaña, continuaba muy influida por los escritores que hacían hincapié en los factores puramente monetarios del ciclo, con excepciones como las de D. H. Robertson, quien se vió influenciado por los economistas continentales, como Spiethof, que reducían la importancia de los factores institucionales como el dinero y el crédito y centraban su atención en los factores internos del progreso económico, señalando la importancia del ahorro y la inversión en las fluctuaciones económicas.

No prolongaremos estas líneas con la historia del escaso resultado obtenido por los controles puramente monetarios, historia que, por otra parte, puede hallarse en libros como los de Hansen, Estey o Haberler, citados en la bibliografía. Señalaremos, sí, cómo la desocupación se convirtió, a partir de la primera posguerra, en uno de los principales problemas públicos.

PRINCIPALES TIPOS DE FLUCTUACIONES

En rigor no puede hablarse de un ciclo económico sin incurrir en generalización, ya que se cuentan distintos tipos de desigual duración que se manifiestan siempre con características especiales: ciclos cortos y largos; ondas largas, tendencias seculares, etc. Por otra parte, cada actividad tiene su propio ciclo; tal por ejemplo la industria de la edificación, que tanta influencia ha ejercido por su especial característica de no ser muy sensible a los cambios rápidos y proceder con la misma lentitud a ponerse en marcha o a detenerse. Esto da por resultado que cuando una depresión coincide con un momento de auge en la industria de la construcción, la atempera notablemente y, por el contrario, la agrava cuando ambas depresiones coinciden, como en los Estados Unidos en 1929.

Los ciclos largos y cortos son subdivisiones de la amplia categoría de ciclos económicos que pueden usarse para cubrir las fluctuaciones recurrentes de la actividad económica general que toman la forma de depresiones y auges en forma sucesiva. Por lo general

el llamado ciclo largo tiene una duración media de casi nueve años y dentro del mismo se registran tres ciclos cortos. Vale decir que, comenzado un auge, éste no se prolonga hasta su culminación sin retroceso, sino que por el contrario los experimenta por corto plazo para volver a retomar la dirección anterior. Las clasificaciones son muchas y lo mismo las denominaciones. En los Estados Unidos se llama "receso" al ciclo corto.

Asimismo hay que señalar las fluctuaciones estacionales, que provocan también una desocupación estacional, y las friccionales. Aquí se plantea el problema de definir al desocupado. Sobre todo en vista de los subsidios que reciben los mismos en algunos países. En Inglaterra, por ejemplo, podían trabajar dos días por semana sin por ello dejar de considerárseles tales.

Debemos mencionar también las llamadas "ondas largas", que abarcan tres ciclos y durante cuyo desarrollo se observa una tendencia en el sentido de agravar las crisis o de atemperarlas, al cabo de cuyo desarrollo se invierte la tendencia. Esto significa que habría tres "crisis" benignas y otras tres malignas sucesivamente.

Por último, existen las llamadas tendencias seculares que no son sino la proyección de los efectos del ciclo sobre los cambios estructurales. Estos cambios o transformaciones estructurales son los que imprimen cambios de dirección a la economía de un país, de una región y pueden consistir en el desarrollo de nuevas regiones, cambios en la dirección del comercio mundial, aplicación de nuevos inventos, etc.

CAUSAS DE LAS DEPRESIONES

Siendo la desocupación un resultado de la depresión, no podemos referirnos a la primera sin hablar de la segunda. Se ha atribuido la depresión a distintas causas, las que han originado otras tantas teorías y que Estey ha clasificado así:

- a) **Causas reales:** son los cambios en las condiciones económicas reales, capaces de explicar las fluctuaciones cíclicas;
- b) **Causas psicológicas:** son las que surgen de los cambios en las condiciones económicas reales, producidos por cambios en la actitud mental de los hombres;
- c) **Causas monetarias:** son las que se originan a raíz de las

variaciones en la oferta del dinero, ya sea por cambio en la oferta efectiva o en la tasa de interés;

d) *Causas asociadas*: son las correspondientes a variaciones en el ahorro y el gasto.

Dentro de cada una de estas enunciaciones se encierran varias teorías explicativas del ciclo.

En la cuarta categoría podemos ubicar la explicación keynesiana del ciclo, si bien con la reserva de que Lord Keynes no se interesó nunca por la teoría pura de los ciclos, sino en los problemas prácticos que éstos planteaban, en especial la desocupación.

LA TEORIA DE KEYNES

Inicia su análisis el economista británico afirmando que la escala de producción y de ocupación se determina en cualquier momento por las decisiones de los empresarios, las que se basan en previsiones de ganancias, salvo los casos de influencia emocional.

Recordemos que para los clásicos el equilibrio se producía cuando todos los factores de la producción se encontraban ocupados. "Para Keynes no hay un equilibrio, sino distintos niveles de equilibrio, los que se dan cuando los empresarios no tienen ningún motivo para aumentar o disminuir la escala de producción. Ello ocurre cuando la producción de un volumen dado de empleo es igual al precio de oferta de esa producción, siendo el precio de oferta el margen necesario de rendimientos que valga la pena para que el empresario ofrezca el empleo necesario.

De esta manera las previsiones optimistas resultan un incentivo para aumentar la producción, y las pesimistas para disminuirla.

El equilibrio existe cuando la demanda efectiva es igual al precio de oferta de la producción. La demanda efectiva se compone de la cantidad que la comunidad gasta en consumo y la que planea dedicar a nuevas inversiones. De aquí resultan los distintos niveles de equilibrio, entre los cuales el clásico, con pleno empleo, es uno más y el menos frecuente.

EFFECTOS DEL AHORRO Y EL CONSUMO SOBRE LA PRODUCCION

Supongamos un caso de equilibrio con pleno empleo y que la comunidad modifica sus hábitos de consumo y decide ahorrar más

y consumir menos. Si el aumento en los ahorros trae aparejado un aumento de la inversión, éste compensará la disminución del consumo y la demanda efectiva no se alterará. Pero si ésta disminuye como consecuencia del descenso en el consumo, se producirá una contracción con la consiguiente reducción en la escala de producción y empleo. Se registra entonces una disminución en los ingresos y si los hábitos de consumo permanecen igual se volverá a repetir la contracción. Puede ocurrir también que se registre una disminución en los ahorros compensada por una baja en los ingresos, en cuyo caso estaremos ante un nuevo nivel de equilibrio con desempleo.

LA PROPENSION AL CONSUMO

Keynes prestó relevante atención al hecho de que los hábitos de consumo se modifican muy lentamente y que dichos hábitos son diferentes en distintos países y entre distintas clases sociales. Generalmente los ingresos se dividen en una parte que se ahorra y otra que se consume, siendo el porcentaje de ahorro o consumo notablemente estables. Es lo que él llamó la "propensión al consumo". Está demostrado que a cada nivel de ingreso, en una comunidad dada, corresponde uno de consumo que permanece estacionario. Es lo que Hansen llama la "función del consumo".

Suponiendo que la propensión al consumo se modifique en forma de destinar una mayor parte del ingreso a obtener bienes de consumo, disminuyendo en cambio el ahorro. En este caso, aunque descendiera el monto de la inversión, lo que no es muy probable, aumentará la demanda efectiva, originando ingresos mayores por ventas que el precio de la producción, alterando así el equilibrio. Se producirá asimismo un aumento en la escala de la producción y volumen de ocupación.

De esta manera el ingreso total de la comunidad aumentará hasta alcanzar el nivel de la producción donde los ingresos de la misma no exceden su precio de oferta y este nuevo equilibrio se mantendrá mientras la propensión al consumo se mantenga en su nuevo nivel.

LA EFICIENCIA MARGINAL DEL CAPITAL

Todo el proceso antedicho de aumento o disminución de la demanda efectiva y sus repercusiones, influye en lo que Keynes

llama la "eficacia marginal del capital". Se entiende por tal la relación entre el rendimiento esperado de un bien de capital en un periodo determinado, con el precio de oferta de ese bien. Supongamos que para ampliar una industria tenemos necesidad de una máquina que cuesta "C" y que de esa inversión se espera un beneficio del 5 %. Por otra parte el dinero con que va a adquirirse dicha máquina da un interés del 3% o se obtiene a dicha tasa de interés. La diferencia entre el beneficio que se espera de la inversión con la tasa del interés, representa la llamada eficiencia marginal del capital.

La eficiencia marginal del capital está condicionada por las previsiones de los empresarios. Aumenta con los inventos e innovaciones, etc. Se afecta por el estado subjetivo de los empresarios y por el monto de las inversiones.

En una comunidad en la que la tasa de interés vigente sea superior o igual a las expectativas sobre el rendimiento de la inversión, éstas no se realizarán y habrá preferencia de liquidez. Por el contrario, si el interés desciende con respecto a la tasa de la expectativa, la inversión se estimulará.

En los países muy desarrollados la eficiencia marginal del capital es pequeña y es mayor en los menos desarrollados. En este último caso podríamos afirmar que la demanda efectiva es igual al ingreso, vale decir que todo el ahorro se invierte. No ocurre así en los primeros, donde grandes masas de depósitos descansan en los bancos a la espera de una inversión adecuada.

En los países muy capitalizados un aumento del consumo se traduce en un aumento en la demanda efectiva, es decir, que el consumo aumenta a expensas del ahorro no invertido. En cambio en los países en desarrollo un aumento del consumo puede significar una disminución de la inversión y hasta estancamiento.

De aquí surge lo peligroso que resulta aplicar políticas iguales a países distintos.

No es lo mismo tener el problema de acumular capitales, que tenerlo para invertir los capitales acumulados.

EL MULTIPLICADOR

Con este principio señala Lord Keynes la tendencia que tiene toda inversión a multiplicarse a través de pases sucesivos por las distintas etapas de la economía. Por ejemplo: la construcción de

un edificio pone en primer término en movimiento a la industria de la construcción y conexas; luego el dinero percibido por los integrantes de estas empresas (obreros, etc.) es gastado en otras esferas tales como vestido, alimentación, etc., se originan nuevos ingresos que van a originar idéntico proceso en otras industrias y así sucesivamente.

Teóricamente un ingreso debía multiplicarse infinitamente si el ingreso fuera igual a la demanda efectiva (si se gastara todo el ingreso), pero como se va produciendo una acumulación de ahorros, cuando éste sea igual al ingreso se habrá frenado el impulso multiplicador.

Si la propensión al consumo es alta, el efecto del multiplicador también lo es. En todos los casos el multiplicador es igual a la recíproca de la fracción ahorrada. Por ejemplo, si el ahorro es de $\frac{1}{4}$, el multiplicador es 4, lo que significa que todo ingreso se multiplicará por 4. Cuanto más pequeño sea el ahorro, mayor será el multiplicador.

Para los países muy capitalizados puede resultar favorable una política de estímulo de las inversiones mediante la disminución de la tasa de interés, pero en los no capitalizados es menester evitar el desaliento del ahorro y procurar un equilibrio entre el estímulo de éste con el de las inversiones. Cuando se impone un aumento en las inversiones y la tasa de interés resulta un medio no idóneo e ineficaz para procurarlo, el estado debe concurrir a realizarlas directamente.

CONCLUSIONES

Lord Keynes ha introducido en la ciencia económica principios que han revolucionado a la misma y la han dotado de poderosos elementos de investigación y análisis. Por otra parte, superando viejas disyuntivas carentes de significación, ha demostrado que, si el sistema de la libre empresa ha de sobrevivir, se impone un mayor control por parte del estado sobre las inversiones, consumo, moneda, etc. El esquema clásico nunca funcionó y hay indicios de que tampoco podría haberlo hecho.

La economía de libre empresa no puede prescindir de una enérgica política de pleno empleo por parte del estado, en interés de toda la comunidad, incluyendo a los mismos empresarios, lo que no significa en modo alguno propugnar un reglamentarismo opresivo con una burocracia que aplaste la economía bajo su peso,

sino que se efectúe un control centralizado de algunos de los principales elementos, tales como el crédito, el consumo, las inversiones, etc.

En esta tarea, claro está, se debe contar con estadísticas de primer orden en cuanto a rapidez y exactitud, ya que es imprescindible conocer la magnitud de las variables para poder operarlas.

Por último, insistiremos en el hecho, no siempre tenido en cuenta, de que las teorías de Lord Keynes fueron elaboradas en vista de los problemas de su país y de los Estados Unidos, y que si bien sus principios fundamentales son válidos en cualesquier tiempo y lugar, en su aplicación práctica puede requerirse una formulación distinta.

BIBLIOGRAFÍA

- J. A. EBBY. — "Los Ciclos Económicos", México, 1948.
A. H. HANSEN. — "Política Fiscal y Ciclo Económico", México, 1945.
VARIOS. — "La Nueva Ciencia Económica", Revista de Occidente, Madrid, 1955.
FABRIZIO V. — "Manual de Economía Política", Atalaya, Sa. Aires, 1945.
J. A. SCHUMPETER. — "Diez Grandes Economistas", Barcelona, 1945.
O. HANSEN. — "Ensayos Sobre el Ciclo Económico", México, 1948.
KEYNES J. M. — "General Theory of Employment, Interest and Money", 1933. (Hay traducción española de E. Hornado, Madrid 1943).